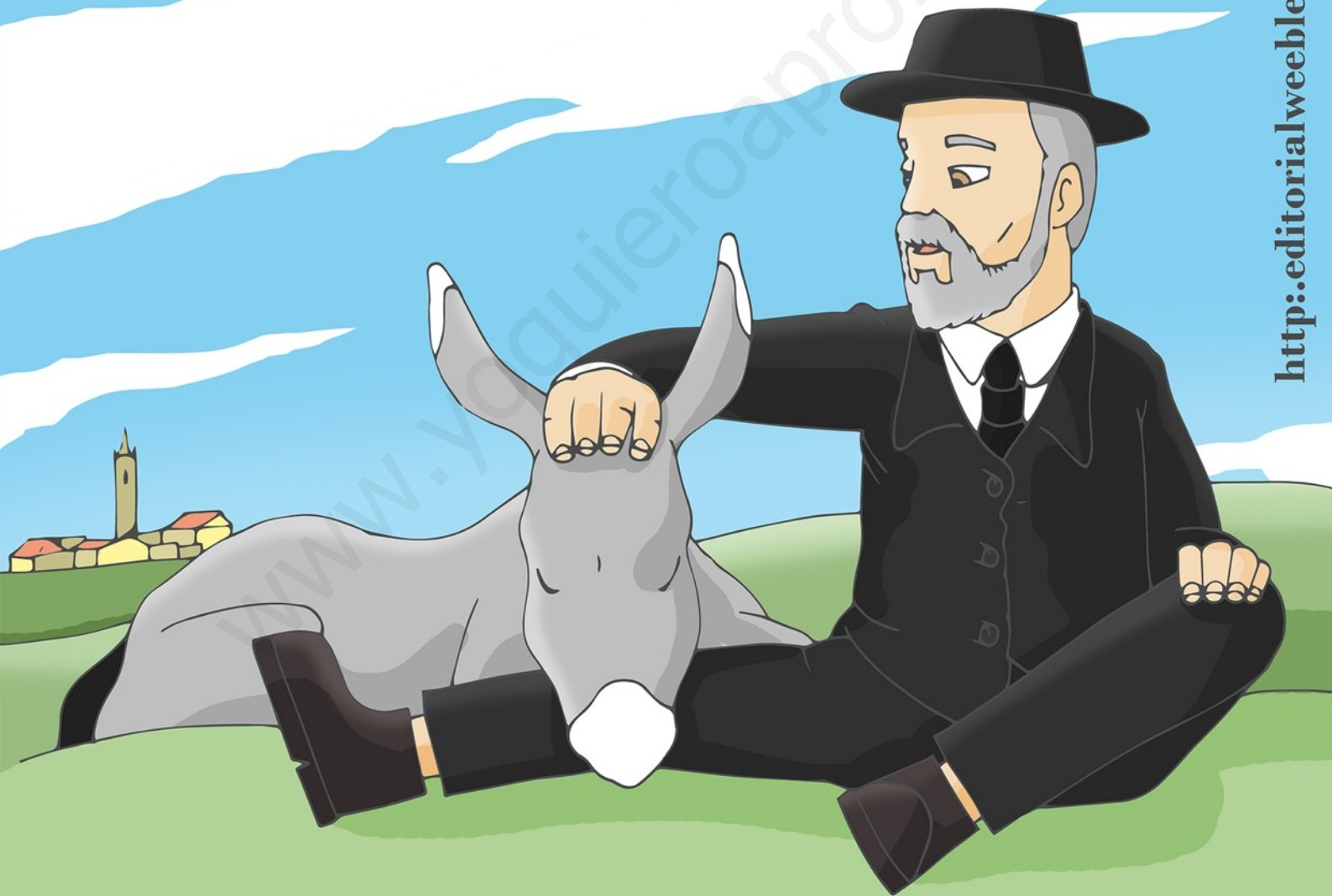


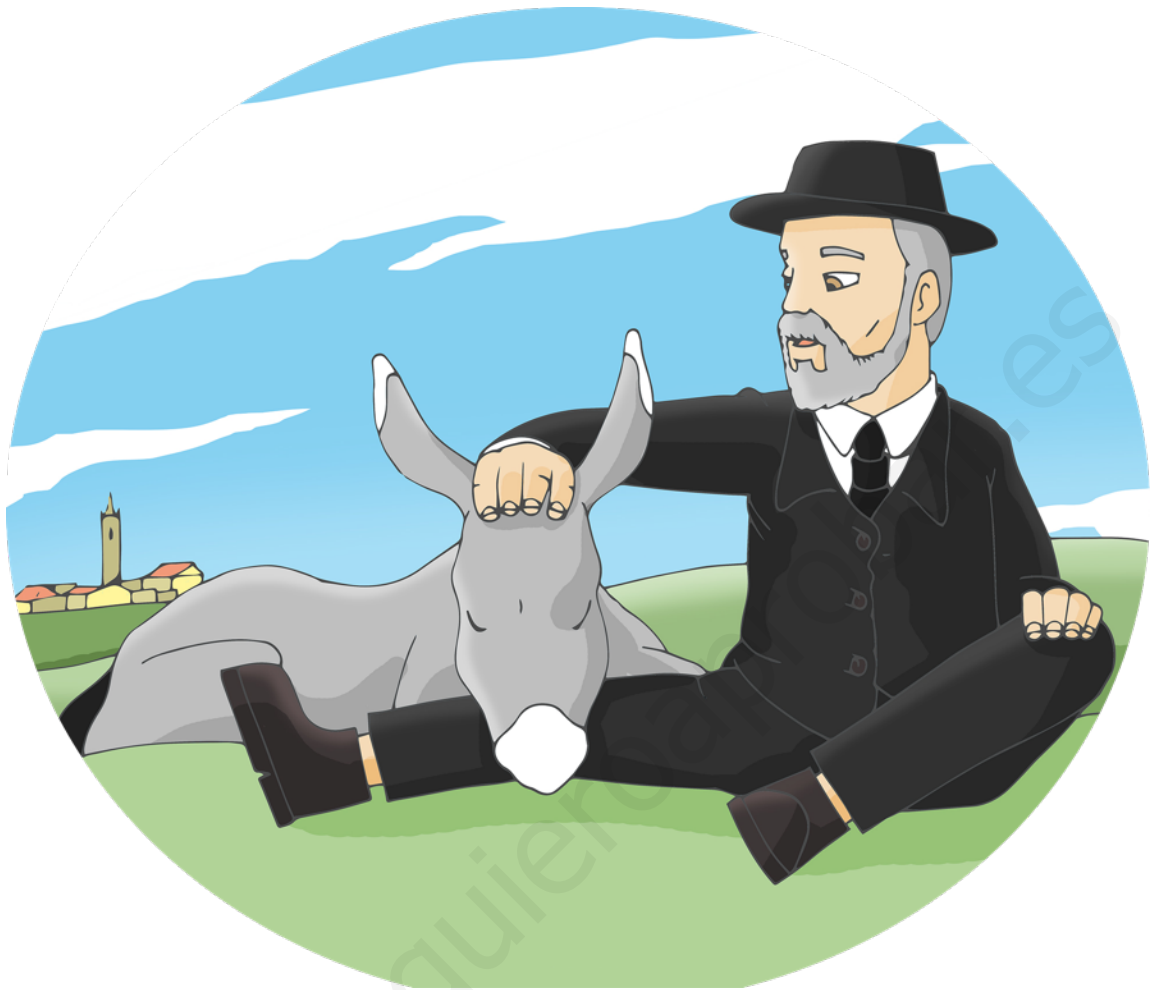
PLATERO Y YO

María Jesús Chacón Huertas
ilustrado por David Hernando Arriscado

+6



<http://editorialweeble.com>



© 2015 **EditorialWeeble**

Autor: María Jesús Chacón Huertas
Ilustraciones: David Hernando Arriscado

<http://editorialweeble.com>
info@editorialweeble.com

Madrid, España, noviembre 2015



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

La autora de la adaptación

María Jesús Chacón

María Jesús Chacón Huertas es licenciada en Traducción e Interpretación de Inglés, por la Universidad de Granada, aunque también es una enamorada de la lengua y literatura españolas. Su pasión literaria rivaliza con otra no menor: la educativa. La enseñanza, y sobre todo, el hacer disfrutar a sus alumnos mientras aprenden se convierte en otra de sus principales cualidades. Si mezclamos ambas en un cóctel, el resultado es siempre una maravilla.

Así lo demostró en la anterior adaptación que publicamos en nuestra editorial, El Lazarillo de Tormes. Hoy les presenta otra adaptación de un clásico literario para acercar las grandes obras de nuestra literatura a los pequeños lectores.

Así mismo, María Jesús ha traducido dos de nuestros libros a inglés: The discovery of America y Amundsen, the polar, explorer.

Email de contacto: mariajechahu@hotmail.com



El ilustrador

David Hernando Arriscado

David nació en Madrid y desde siempre se sintió atraído por la ilustración y la pintura. Tras unos comienzos autodidactas realizó diversos cursos de perfeccionamiento y especialización en técnicas de cómic, guión literario y técnico y pintura.

Ha trabajado en ilustración para publicidad, caricaturas y en ilustración infantil.

En nuestra Editorial es un colaborador asiduo. Ya ha ilustrado los varios libros, entre ellos “Cocina a conciencia”, “Descubriendo a van Gogh”, “El peón azul”, “El lazarillo de Tormes” y ahora éste.

Además ha trabajado como ilustrador en “El pastor de estrellas”, libro de poesía; “La Constitución para niños y no tan niños”; “2 de mayo de 1808”, otro libro infantil; y la tira de historietas Xispita.

Email de contacto: dibujosdavidel@gmail.com



La editorial

EditorialWeeble

EditorialWeeble es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos. Libros que pueden usarse en casa o en la escuela como libros de apoyo.

¡Y lo mejor es que fueran gratuitos! Por ello publicamos en formato electrónico. Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender.

Si quieres saber más de nosotros, visítanos en:

<http://editorialweeble.com>

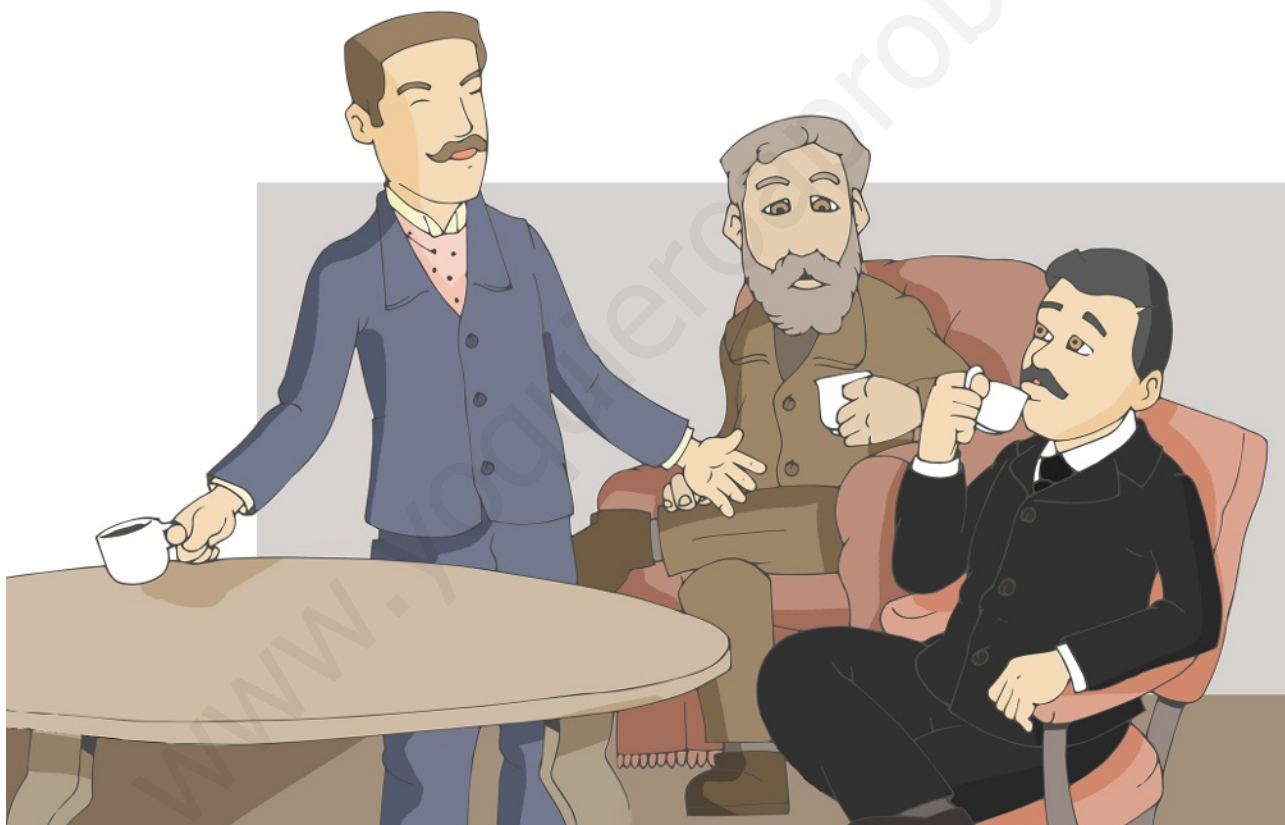
Un saludo, el equipo de **EditorialWeeble**



SOBRE JUAN RAMÓN

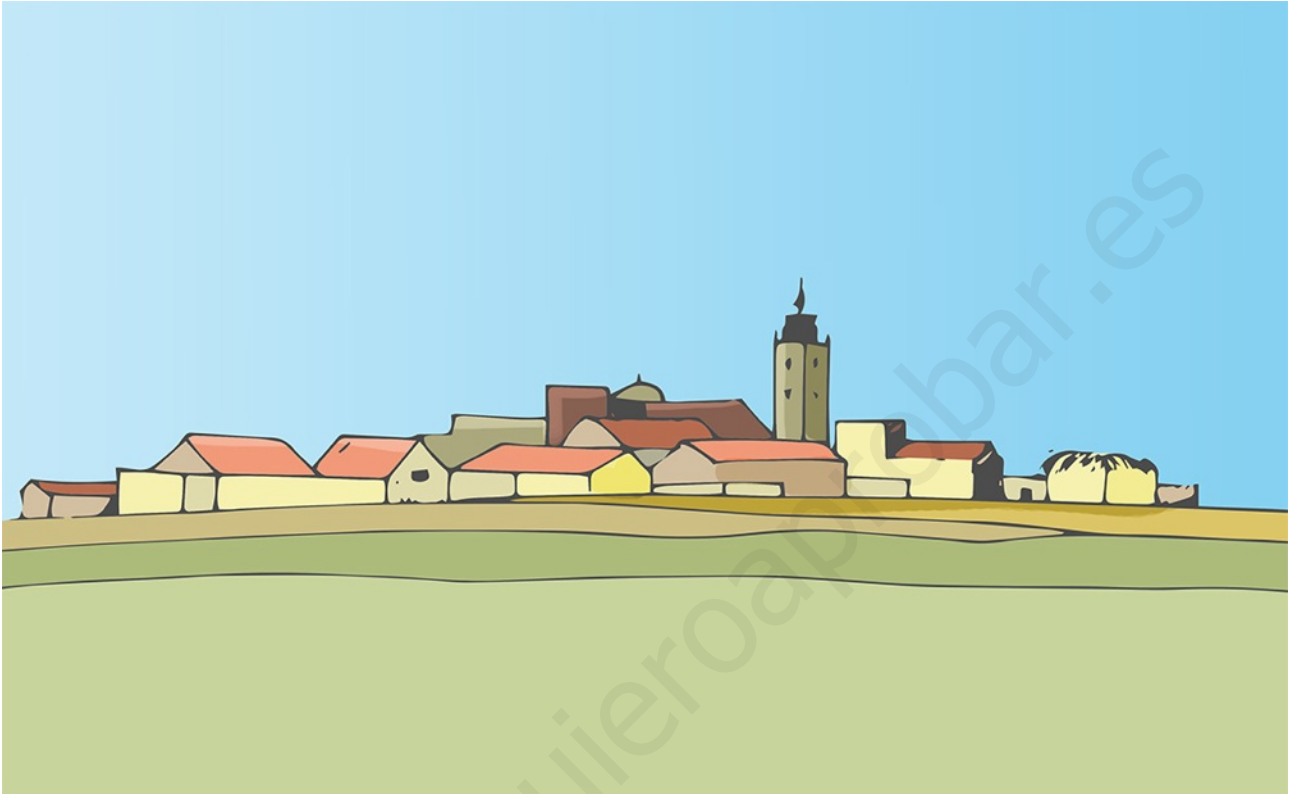
Me llamo Juan Ramón Jiménez, y antes de que empecéis a leer *Platero y yo*, me gustaría contaros un poquito la historia de mi vida y las razones por las que decidí escribir este libro.

Nací un 23 de diciembre de 1881, en Moguer, un pueblecito de Huelva, en el sur de España. Cuando tenía diecinueve años mi familia y yo nos mudamos a Madrid, y allí conocí entre otros escritores a Rubén Darío y a Valle-Inclán. Durante esos casi cinco años que pasé en Madrid, me fui integrando poco a poco en los ambientes y tertulias literarias de la ciudad. Así, casi sin darme cuenta, me fui convirtiendo en un gran poeta.

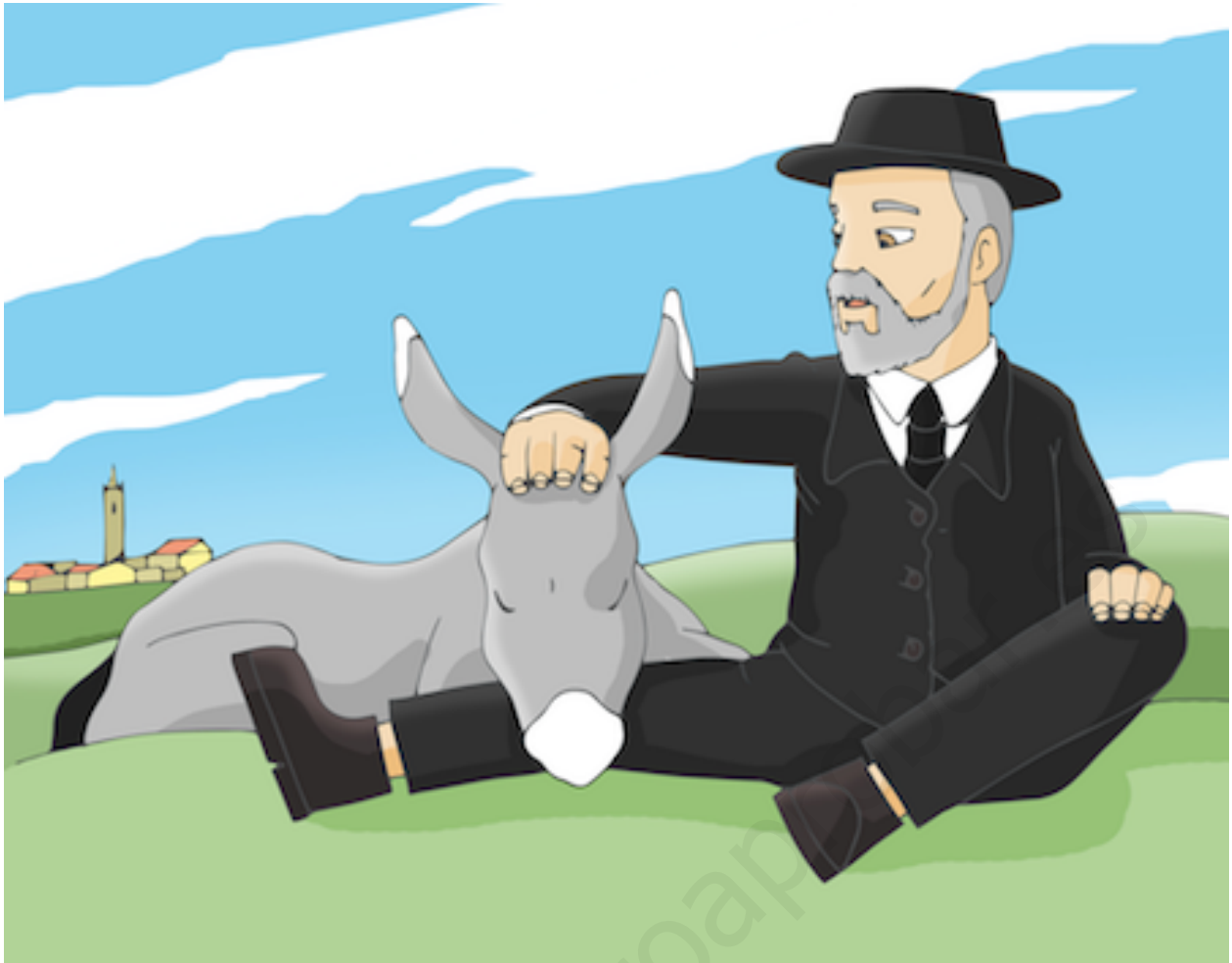


Escribí este libro, *Platero y yo*, al volver a Moguer, tras mi estancia en Madrid. Decidí regresar a mi tierra porque sentía una gran nostalgia por el pueblo de mi infancia. Además, mi estado de salud era un poco delicado y tras la muerte de mi padre, mi familia atravesaba una mala situación económica. Creo que eran tres buenas razones para regresar a mi querido Moguer.

Pero... al volver, descubrí que mi añorado pueblo, ya no era ni la sombra de lo que fue. Atrás quedó el Moguer de mi infancia, sus gentes alegres y afables. Ahora, sin embargo, apreciaba un Moguer diferente, triste y deteriorado. Mi desilusión por la nueva realidad fue tal que empecé a huir y a distanciarme de las gentes de mi pueblo.



Cuando escribí *Platero y Yo*, solía ir vestido de oscuro, con sombrero y barba negra. Muchos decían que por dentro también parecía un hombre oscuro: solitario y extraño, pues apenas hablaba con nadie. Me pasaba las horas muertas en el campo, paseando, leyendo o hablando con mi burrito Platero, mi única compañía. Me encantaba contemplar los campos, el horizonte, el vuelo ordenado de los pájaros... Sabía que en el pueblo me llamaban *El loco*.



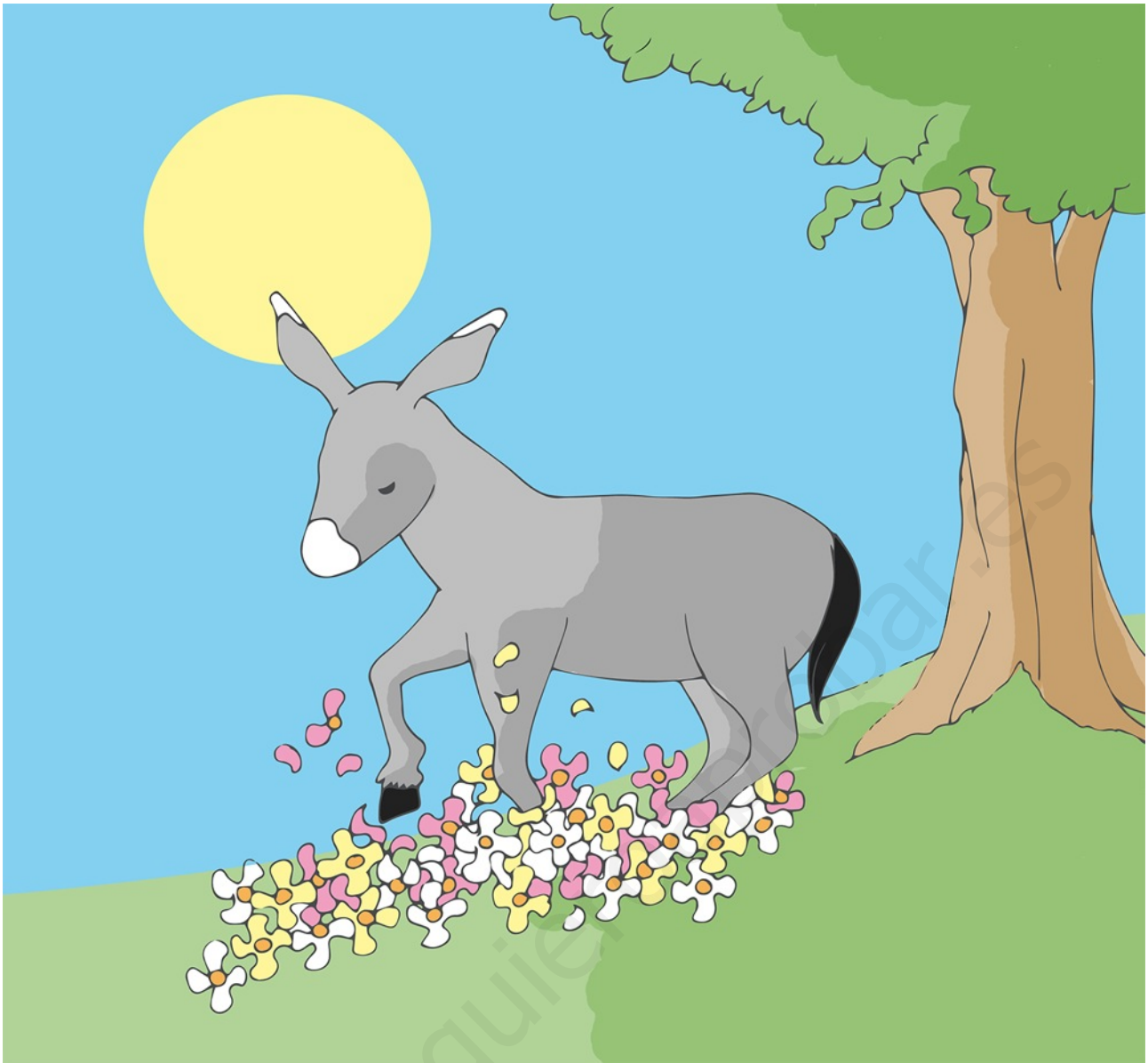
SOBRE PLATERO

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Aunque tan sólo tiene cuatro años, ¡es tan grandote y tan poco fino!

Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia con su hocico, rozándolas apenas, las florecitas rosas, azules y amarillas.

Lo llamo dulcemente: “Platero...”, y viene a mí con un trotecillo tan alegre que parece que se ríe.

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, los higos morados...



Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña, pero es fuerte y seco, como de piedra. Cuando paseo sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio, se quedan mirándolo:

- Tiene acero – dicen.
- Acero y plata de luna – les respondo yo.

Cuando digo que Platero es de “acero”, me refiero a que mi burro es fuerte y resistente como el mejor de los aceros. Y, cuando me refiero a Platero como “plata de luna”, quiero decir, que su piel gris, suave y peluda es clara y brillante, como el reflejo de la luna.

Cuando, yendo a las viñas, cruzo las calles blancas, montado sobre Platero, los chiquillos, corren detrás de nosotros chillando alegremente:

- ¡El loco, el loco, el loco!

Pero, los pajarillos del campo no nos dejaban oírles. Nuestros ojos sólo se abrían para contemplar el intenso cielo azul y el infinito verdor del campo. Platero y yo sólo oíamos el precioso murmullo de la naturaleza.

Así fue como, poco a poco, mi burrito y yo empezamos a ser inseparables. Ni a Platero ni a mí nos gustaba el alboroto, la fiesta, la gente... Él era mi mejor amigo. Yo le contaba detalladamente cada uno de mis pensamientos: a veces, con palabras alegres y otras con palabras tristes. Y él, abría sus grandes orejotas para escucharme mejor.

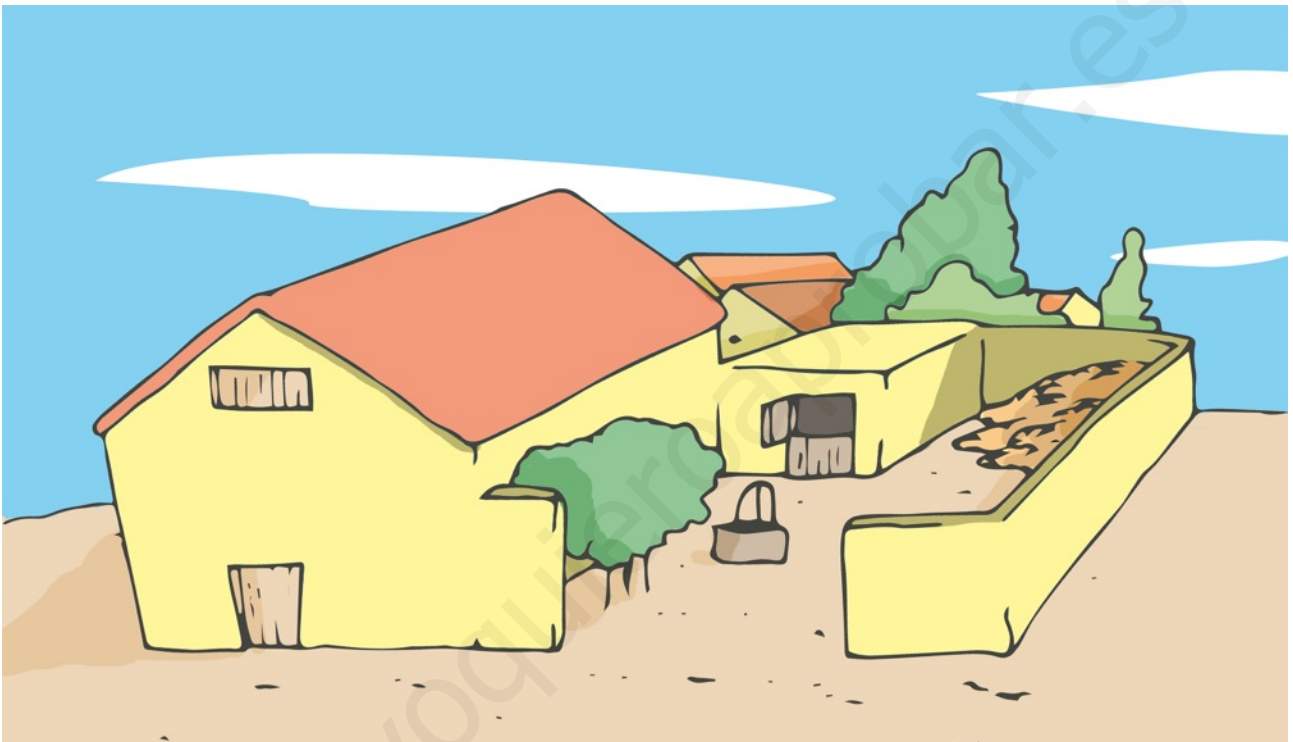
Ahora que ya nos conocéis a Platero y a mí, os contaré nuestra historia, la historia de nuestro propio mundo...



1 - NUESTRA CASA

Nuestra casa era una casa grande de pueblo. Tenía corral, patio, huerto, jardín y granero. En el corral estaba la cuadra de Platero y, también había un pozo, del que sacaba agua para él.

Junto al pozo, había una higuera donde una pequeña golondrina había hecho su nido.



Por las mañanas, al amanecer, Platero me llamaba con sus tímidos rebuznillos medio dormidos hasta que, poco a poco, los iba oyendo bien despiertos y dispuestos a vivir un nuevo día.

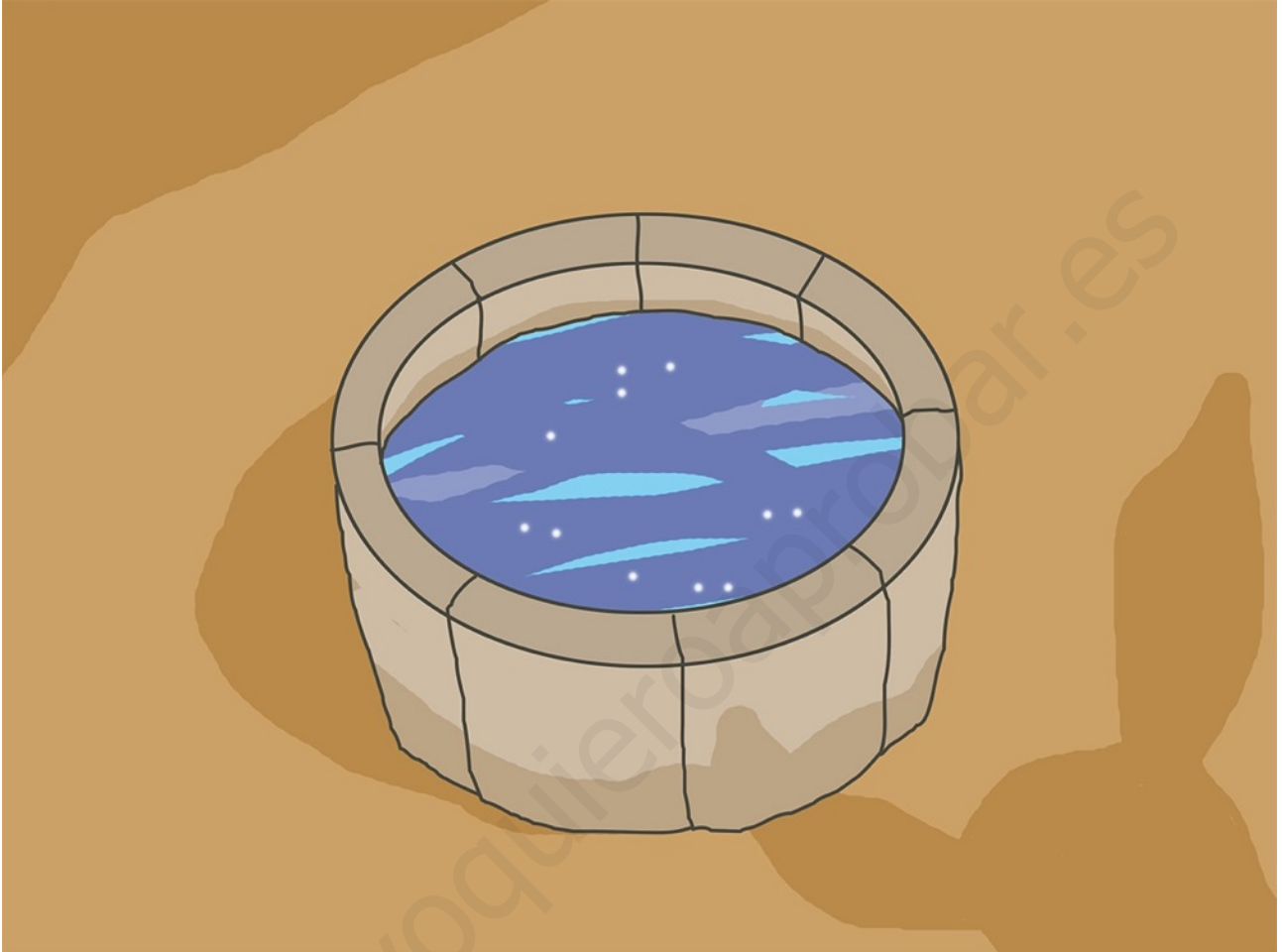
En cuanto notaba que me acercaba a su cuadra, sin verme todavía, se levantaba acelerado, e intentaba desatarse para venir a darme los buenos días. Diana, nuestra pequeña perrita blanca, también me recibía con los brazos abiertos, y me saludaba intentando lamerme la cara.

Así empezábamos nuestros días. Luego, nos íbamos los dos juntos al campo, hablando de nuestras cosas y, buscando el sol en invierno y la sombra en verano.



¡Qué pura, Platero, y qué bella esta flor del camino! Pasan a su lado todos los tropes – los toros, las cabras, los potros, los hombres-, y ella, tan tierna y tan débil, sigue ahí, dispuesta a seguir viviendo, y a que nadie le quite su lugar en el camino.

Cuando volvíamos por la noche del campo, cuando el cielo era claro y estrellado, las estrellas se reflejaban en el cubo de agua de Platero, y parecía que bebía ¡agua con estrellas! Mientras él terminaba, yo contemplaba silenciosamente la clara luz de luna.



Luego, lo acompañaba a su cuadra y le daba las buenas noches. Allí, nos esperaba Diana, que le encantaba dormir echada, recostada entre las patas de Platero.

Platero y yo nos entendíamos bien. Le gustaba todo lo que yo hacía, no protestaba por nada. Yo, también le cuidaba a él.

2 - EL CAMPO Y LOS NIÑOS

En el campo, yo lo dejaba ir a su aire y él me llevaba siempre adonde yo quería. Sabía que para mí era como una fiesta escuchar cómo sonaba el río al pasar entre los frondosos árboles y, por eso, siempre me llevaba de fiesta.

A veces, incluso se me olvidaba que Platero estuviera debajo de mí. Era como si formara parte de mi cuerpo, apenas lo notaba, parecíamos una sola persona.

Otras veces, cuando notaba que estaba cansado o que el camino se le hacía duro, me bajaba para aliviarlo, y lo acariciaba, lo besaba, le susurraba dulcemente...

Uno de nuestros mejores momentos era cuando nos alejábamos del pueblo por esos senderos que tan bien conocíamos los dos, y llegábamos a nuestro sitio. ¡Qué paz, qué pureza! Entonces, le quitaba las riendas a Platero y, lo dejaba suelto en el prado alto.



Mientras Platero se disponía a comer tranquilamente, yo sacaba un libro y, sentado a la sombra de un pino, acompañado por el alegre piar de los pajarillos, empezaba a leer en voz alta. De vez en cuando, Platero dejaba de comer y me miraba; y, de vez en cuando, yo dejaba de leer y le miraba. Pensaba en voz alta y le decía:

“No te preocupes, Platero, vive tranquilo. Yo te enterraré al pie del pino grande y redondo del huerto, ese que a ti tanto te gusta. Estarás al lado de la vida alegre y serena que viviste. Los niños jugarán a tu lado.”

Y, como si me entendiera, me miraba, me escuchaba y, luego, seguía comiendo... A veces pienso que es tan igual a mí, tan diferente a los demás, que he llegado a creer que incluso sueña mis propios sueños.



En vacaciones, cuando venían mis sobrinos al pueblo, nos íbamos todos juntos al campo. Una tarde lluviosa de abril, los niños se fueron con Platero al arroyo de los chopos, y cuando regresaron trotando, entre juegos y carcajadas, venían cargados de flores amarillas.

Platero, empezó a comerse las tiernas florecillas y, mientras se las comía, me miraba atentamente. Yo veía su sonrisa en los ojos, sus relajados rebuznos también hablaban de felicidad.

Él sabía que en las vacaciones me tenía que compartir con los niños. Pero, no le importaba porque los niños querían a Platero y Platero quería a los niños.

¡A ver quién llega antes, a ver quién llega antes a las violetas! Salieron las niñas corriendo y llegaron al primer naranjo, cuando Platero, que holgazaneaba por allí, contagiado del juego, se unió a ellas en su vivo

correr. Ellas, por no perder, no pudieron protestar ni reírse siquiera... Yo les gritaba: ¡Que gana Platero, que gana Platero!

Sí, Platero llegó a las violetas antes que ninguna, y se quedó allí, revolcándose en la arena.

Yo, mientras, los miraba y pensaba para mis adentros:

“Entre los niños, Platero es de juguete. ¡Con qué paciencia sufre sus locuras! ¡Cómo va despacito, rápido; se detiene, galopa... se hace el tonto, juega con ellos para que disfruten y no se caigan!”

Les dije que aquella carrera la había ganado Platero y que era justo premiarlo de algún modo. Estaba claro que el libro no se lo podíamos

regalar, así que lo guardé para otra carrera de ellas; pero, a Platero, ¡había que darle un premio!

Ellas, seguras ya del libro, saltaban y reían rojas: ¡Sí, sí, sí!

Entonces, condecorador del gran esfuerzo que había hecho Platero, cogí un poco de perejil, hice una corona, y se la puse en la cabeza. Platero, radiante, nos miró a todos con su enorme sonrisa.



Cuando terminaban las vacaciones, los niños se marchaban, y a Platero y a mí se nos quedaba la casa vacía. Aburridos, sin saber qué hacer, íbamos de aquí para allá con rumbo a cualquier lugar y a ninguna parte. Ambos estábamos tristes, echábamos de menos las voces y las risas de los niños.

“Qué bello está el cielo esta tarde, Platero, con su luz de otoño. Me gusta venir por aquí, porque desde esta cuesta en soledad se ve bien la puesta de sol y nadie nos estorba, ni nosotros inquietamos a nadie.”

Pronto nos volvimos a acostumbrar a nuestra soledad del otoño, deseando con todas nuestras fuerzas que llegara pronto el frío invierno y, que los niños regresaran al pueblo por Navidad.

¡Qué ilusión, esta noche, la de los niños, Platero! Fue imposible acostarlos. ¡Ya llegaban los reyes magos! Menos mal que, al fin, el sueño pudo con ellos y cayeron rendidos: uno, en una butaca; otro en el suelo, al lado de la chimenea; otro, cerca de la ventana y; el otro, en una silla bajita.

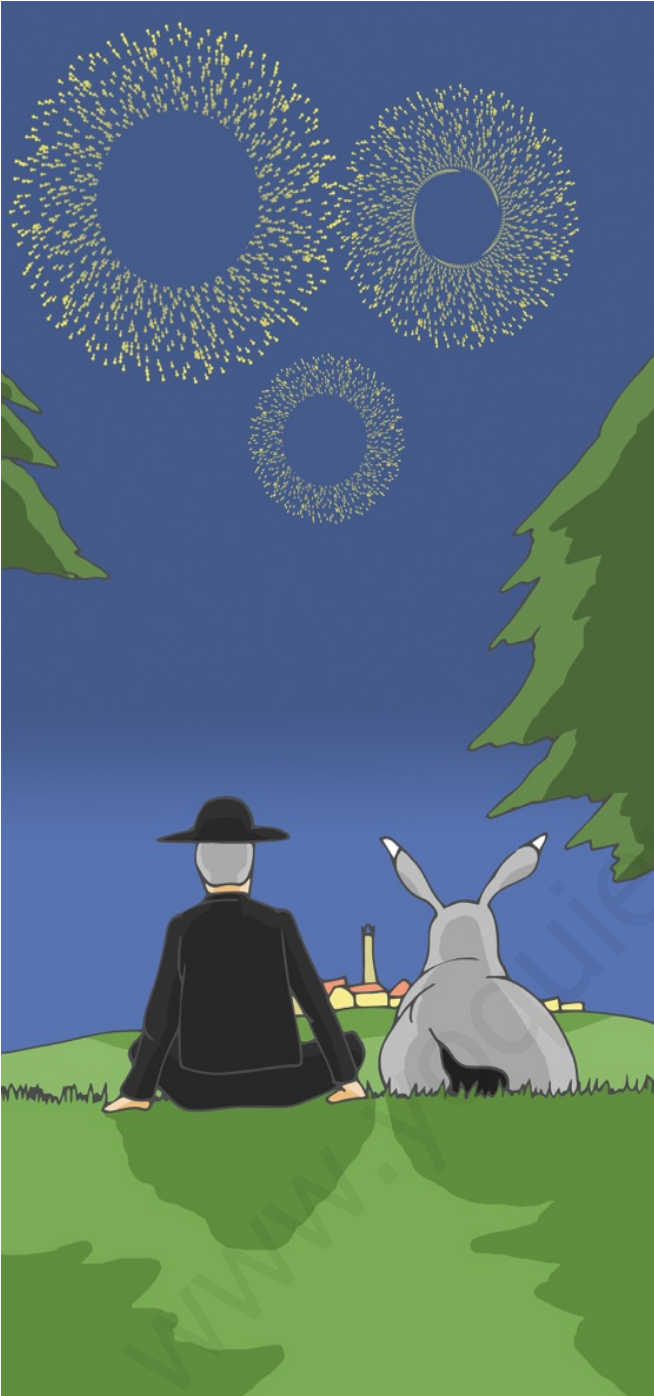


Antes de la cena, subí con todos. ¡Qué alboroto por la escalera! Y, pusimos en el balcón, los zapatos de todos. Ahora, Platero, vamos a vestirnos. Yo seré Gaspar y llevaré unas barbas blancas. Tú irás delante conmigo. ¿Te acuerdas? El año pasado nos reímos mucho.

¡Ya verás cómo nos vamos a divertir esta noche, Platero, camellito mío!

Platero y yo nos entendíamos bien. Le gustaba todo lo que yo hacía, no protestaba por nada. Yo, también le cuidaba a él.

3 - ¿EL BURRO, QUÉ BURRO?



Ya sabéis que a Platero y a mí no nos gusta mucho estar con la gente, preferimos la soledad de nuestra compañía. Sólo nos gusta abrir nuestro corazón a los niños, a Diana y a Darbón, el médico de Platero. A Darbón también le gustaba jugar con Platero y, Platero disfrutaba jugando con él.

A veces, mientras paseábamos, Platero y yo nos cruzábamos con alguien que estaba en apuros o necesitaba ayuda. Entonces, en esas ocasiones, nunca, nunca pasábamos de largo. Platero, mi burro de acero, de plata de luna, y yo, siempre nos parábamos por si podíamos ayudar.

Para septiembre, nos quedábamos en el campo hasta más tarde que nunca para disfrutar, desde lejos, de las fiestas del pueblo. Ya tarde, quemaban los fuegos. Platero huía, como alma que lleva el diablo, rebuznando enloquecido, hacia los tranquilos pinos en sombra.

¡Qué guapo está hoy Platero! Es lunes de Carnaval, y los niños, que se han disfrazado vistosamente, han disfrazado también a Platero con bordados, en rojo, verde, blanco y amarillo, y lo han metido en un gran corro para jugar con él.

Mientras ellos bailaban a su alrededor, Platero, nervioso y asustado, intentaba huir. Por fin, decidido igual que un hombre, rompió el corro y se vino a mí trotando y llorando. Como yo, no quiere nada con los carnavales... No servimos para estas cosas...



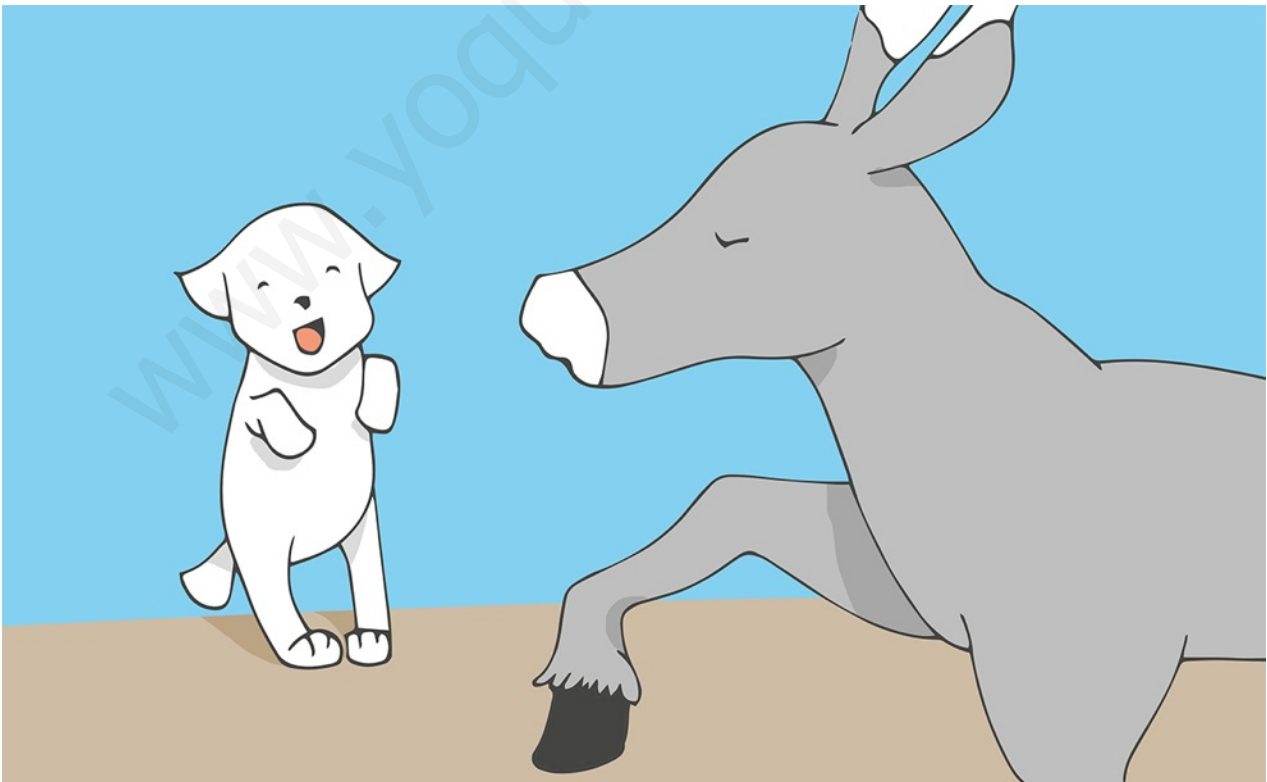
Un día, cuando fuimos a la capital, quise que Platero viera el vergel, ese jardín con tanta variedad de flores y árboles frutales, que tanto me gustaba. Ya en la puerta, el hombre que lo cuidaba me dijo que el burro no podía entrar.

-¿El burro? ¿Qué burro? – le dije yo, mirando más allá de Platero, olvidado, naturalmente, de su forma animal. Entonces, ya en la realidad, como Platero no podía entrar por ser burro, yo, por ser hombre, no quise entrar, y me fui de nuevo con él, acariciándolo y hablándole de otra cosa...

Por el campo claro, ¡qué alegre cabalgar! De pronto sonó como un tiro de pistola. Platero, asustado, le rozó a un fino potro con su boca, y el potro le respondió con una rápida coz. Nadie hizo caso, pero yo le vi a Platero una mano con sangre. Me lo encontré mustio y dolorido por su vena rota.

Y, le susurré: ¿ves como no puedes ir a ninguna parte con los hombres?

Volviendo a casa, despacito, sin prisas, Platero se fue olvidando de su herida. Empezó a jugar con Diana, la bella perra blanca, con la vieja cabra gris, con los niños... Diana saltaba, ágil y elegante, delante del burro, sonando su leve campanilla, y haciendo como si le mordiera el hocico. Y Platero, poniendo las orejas en punta, jugaba con ella hasta que la hacía rodar por la yerba.



Cuando se fueron los niños, nos quedamos en el jardín los gorriones, Platero y yo. ¡Benditos pájaros sin fiesta fija! Contentos, libres y sin obligaciones.

Viajan sin dinero y sin maletas; se mudan de casa cuando se les antoja; beben del agua de la fuente, del arroyo, del río. Tan sólo tienen que abrir sus alas para conseguir la felicidad, no saben de lunes ni de sábados, se bañan en todas partes, aman el amor sin nombre...

Una mañana vi que el canario de los niños había amanecido muerto. Y, se lo conté a Platero:

“Mira, Platero, el canario de los niños ha amanecido hoy muerto en su jaula de plata. Es verdad que el pobre estaba ya muy viejo... Al entrar esta primavera, cantó; pero su voz era quebradiza, como la voz de una flauta cascada.

Platero, ¿habrá un paraíso de los pájaros?, ¿habrá un vergel verde sobre el cielo azul, con almas de pájaros blancos, rosas, celestes, amarillos? Oye, a la noche, los niños, tú y yo bajaremos el pájaro muerto al jardín.”

Claro está, Platero, que tú no eres un burro en el sentido vulgar de la palabra. Lo eres, sí, como yo lo sé y lo entiendo. Tú tienes tu idioma y no el mío, como no tengo yo el de la rosa ni ésta el del ruiseñor.

Platero y yo nos entendíamos bien. Le gustaba todo lo que yo hacía, no protestaba por nada. Yo, también le cuidaba a él.

4 - ARRE, PLATERO, ARRE

Un día, por sorpresa, Platero se fue.

Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fui a él, lo acaricié hablándole, y quise que se levantara...



El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrodillada... No podía... Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico.

Darbón llegó enseguida. Cuando lo vio, con los ojos llenos de dolor, movió la cabeza de un lado a otro sin cesar...

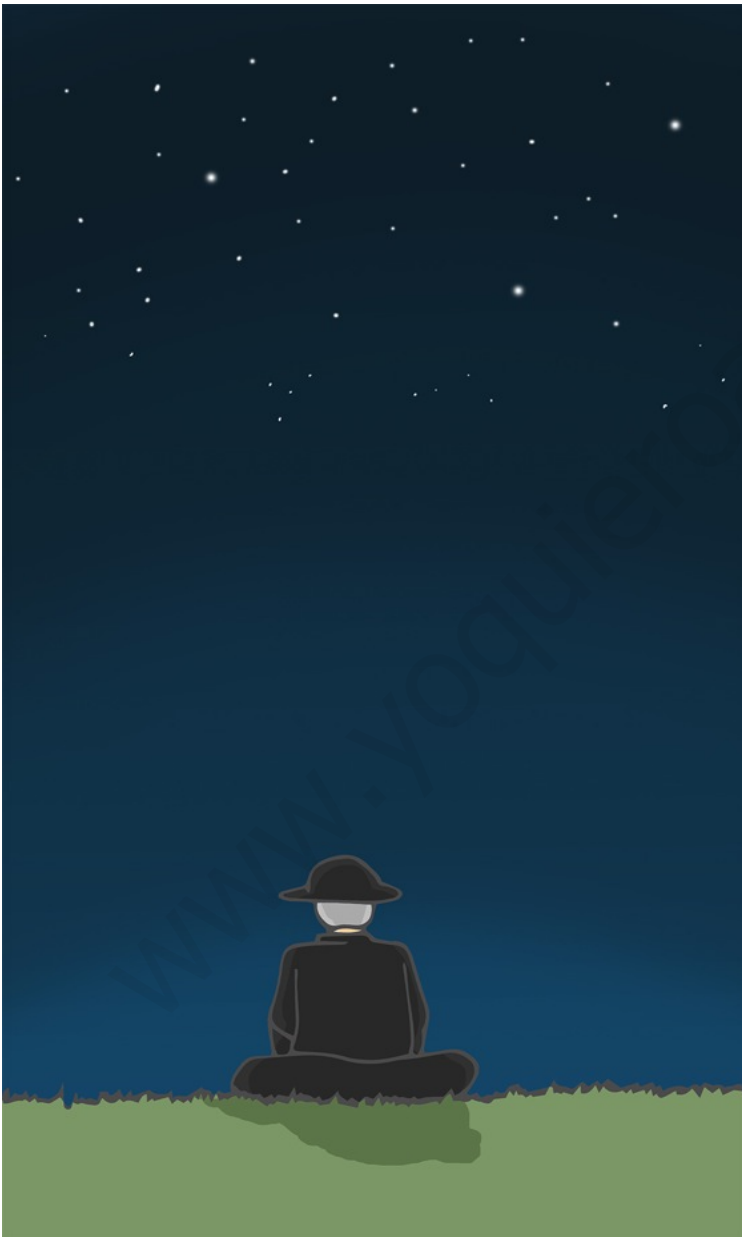
- Nada bueno, ¿eh?
- Se nos va... un dolor... alguna mala hierba... no sé...

A mediodía, Platero ya estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como una pelota, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban hacia el cielo.

Me quedé junto a mi burrillo muerto, que ya no parecía Platero, y le decía:

“Platero, tú nos ves, ¿verdad?, ¿verdad que ves cómo se ríe en paz, clara y fría, el agua de la noria del huerto?”

Platero, tú nos ves, ¿verdad? Sí, tú me ves. Y yo creo oír, sí, sí, yo oigo tu triste y tierno rebuzno...”

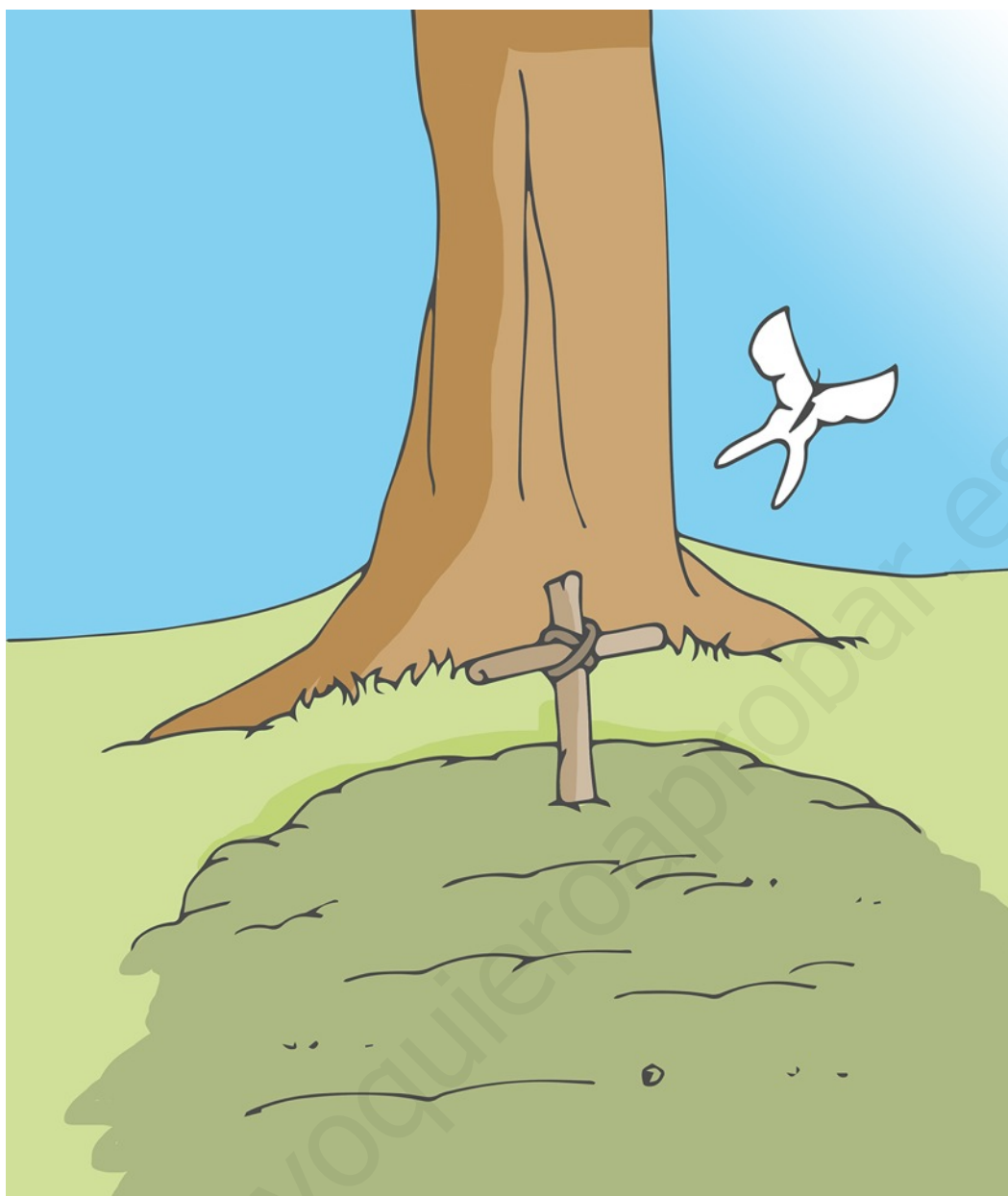


Me sentía solo, sí, muy solo, aunque pensara que siempre me acompañarían sus recuerdos. Sabía que esos momentos de vida que habíamos compartido él y yo, esos tiernos recuerdos, nunca, nunca morirían. Y eso me reconfortaba... Para mí ¡Platero nunca moriría!

Cuando cerraba los ojos, me veía atravesando las calles de Moguer con Platero, caminando los dos, alegres, como siempre, hacia el pinar. Recordaba con exactitud cada paso que dábamos pero... cuando abría mis ojos llorosos, me daba cuenta de mi profunda tristeza y mi enorme soledad.

Esta tarde he ido con los niños a visitar tu sepultura,

Platero, en el huerto, al pie del pino grande y redondo, ese que tanto te gustaba.



Los niños, conforme iban llegando, dejaban de gritar. Quietos y serios, sus ojos brillantes en mis ojos, me llenaban de preguntas ansiosas.

¡Platero, amigo! – le dije yo a la tierra-: si, como pienso, estás ahora en un prado del cielo y llevas sobre tu lomo peludo a los ángeles, ¿me habrás, quizá, olvidado? Platero, dime: ¿te acuerdas aún de mí?

Y, como si respondiera a mi pregunta, una leve mariposa blanca, que antes no había visto, revoloteaba insistentemente, de lirio en lirio, de flor en flor...

Cuando vienen los niños, en vacaciones, se van a jugar al granero. Desde allí pueden contemplar todo el campo moguereno. Ya sabes, el granero es ancho, silencioso y soleado. Por eso coloqué allí el borriquete de madera, con todos tus aperos, que me regaló una amiga nuestra. ¿Lo ves desde ahí? Mira, Platero: es mitad gris y mitad blanco.



Cuando los niños se suben al borriquete sin alma, con un jaleo inquieto, trotan por el prado de sus sueños, gritando sin cesar:

- ¡Arre Platero, arre!

Y yo, acordándome de ti, Platero, he ido tomándole cariño a este burrillo de juguete. Todo el que lo ve, lo llama con una triste sonrisa, Platero.

Si alguien no lo sabe y me pregunta qué es, le digo yo: es Platero. Y de tal manera me he acostumbrado a él, que ahora mismo, aunque esté solo, creo que eres tú y lo mimo como te mimaba a ti.

Platero y yo nos entendíamos bien. Me gustaba todo lo que él hacía, no protestaba por nada. Él, también me cuidaba a mí.



FIN

Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar

Viaje a las estrellas

La guerra de Troya

El descubrimiento de América

Amundsen, el explorador polar

Atlas infantil de Europa

Las malas pulgas

El reto

Descubriendo a Mozart

¡Sácame los colores!

La Historia y sus historias

Descubriendo a Dalí

Cocina a conciencia

Descubriendo a van Gogh

Apolo 11, objetivo la Luna

El lazarillo de Tormes

Descubriendo a Mondrian

Mi primer libro de historia

OVNI

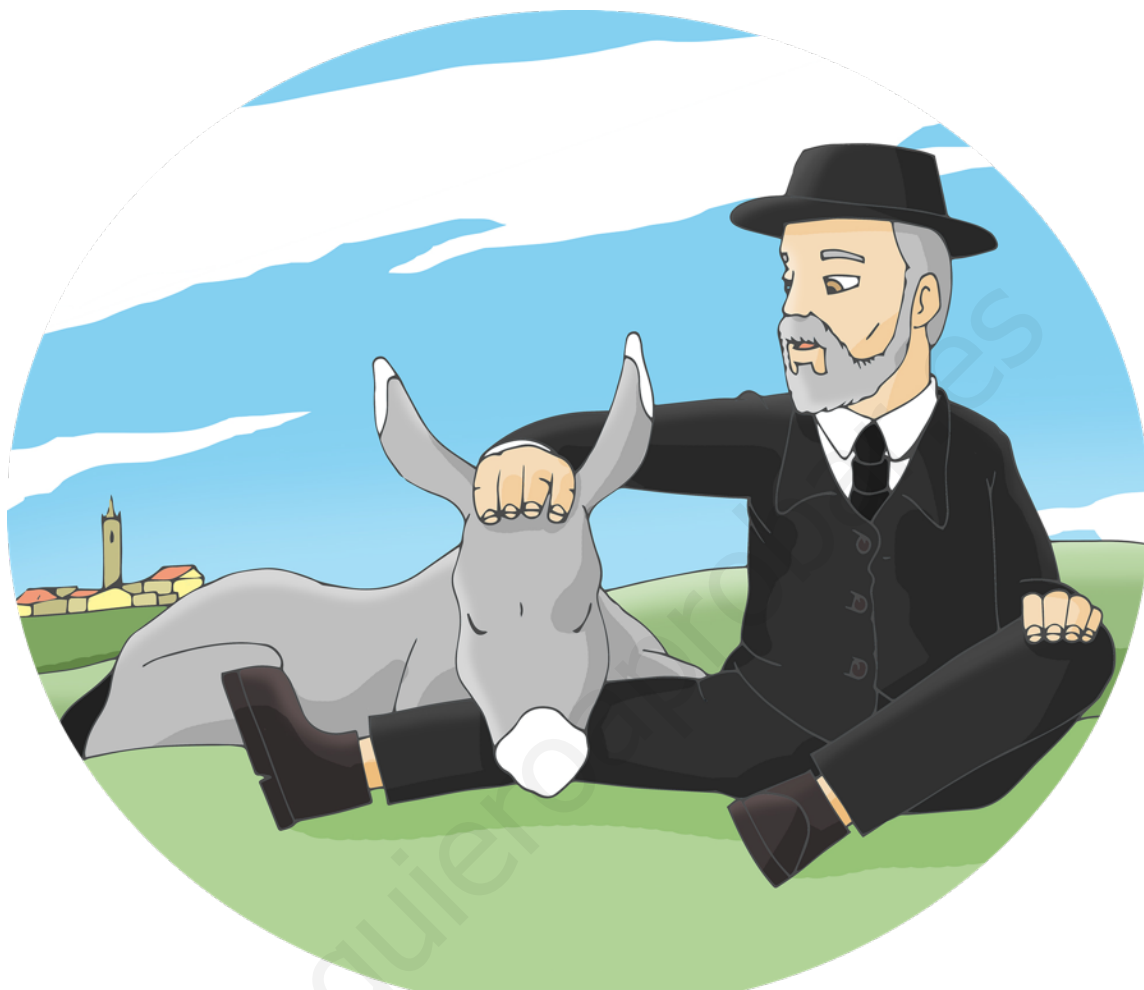
La tortilla de patatas

Carlos V

**Con nuestros libros queremos hacer una educación más
divertida, alegre y al alcance de todos.**

¿Nos ayudas a conseguirlo?

<http://editorialweeble.com/colabora-con-nuestro-proyecto/>



2015 **EditorialWeeble**

Autor: María Jesús Chacón Huertas
Ilustraciones: David Hernando Arriscado

<http://editorialweeble.com>
info@editorialweeble.com

Madrid, España, noviembre 2015



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>